

QUINTA COLUMNA

A estos a quienes las causas, patrias y religiones no han conseguido trepanar el cerebro, a estos para quienes las buenas palabras e intenciones no son verdades ni hechos, viendo y oyendo a beatas de izquierda que creen que con ir a Misa se ganarán el Cielo, que sus hábitos definen su fe, y curas hipócritas que predicán y rezan a la vez que masacran sarracenos, les preocupa y ofende la erosión nacionalista a la democracia. De tener por equivalente un libro y un listín telefónico, un poema y una receta, un argumento con un eslogan o una frase con un ladrido, no es extraño que se confunda democracia con votación: interpretaciones sesgadas e infantiles de un concepto mucho más complejo que el simple rito de votar en un referéndum.

Con todo lo peligroso que es destapar cajas en las que por oposición se enfrentan los nacionalismos, el problema no está en los sentimientos patrióticos, que en nuestra sociedad consumista se quedan en justificar un sentimiento tribal: el territorio de recolección y caza y la selección de con quien ser solidarios. Al menos no son los supremacismos más que un síntoma del riesgo para la Democracia. No son más que otro torpedo entre otros igualmente hipócritas, insolidarios, mezquinos y autoritarios, que siempre tras estéticas progresistas y neolengua justifican su opuesto: paz, libertad, justicia, igualdad, solidaridad, sostenibilidad, democracia, voto, opresión, rebeldía, respeto,...

1. Deuda

En los tiempos clásicos se admitían como aval terrenos, casas, ganado, hijas, abalorios y hasta la propia libertad. Uno podía pedir un préstamo poniéndose a si mismo como aval por un número limitado o no de años, y si no se devolvía el préstamo se perdía la condición de ciudadano libre, a esclavo. Hoy la esclavitud está formalmente erradicada, pero seguimos siendo dependientes y esclavos de nuestros créditos, pues éstos nos obligan y condicionan nuestra servidumbre. Si tenemos hipoteca, plazos del coche, planes de pensiones, tarjetas de crédito,... dependemos en nuestras decisiones de nuestros deudores. Nos enfadamos con la empresa y deberemos tragar sapos, nos apetece ir de viaje y no tenemos vacaciones disponibles o no tenemos presupuesto,... si queremos comprarnos un coche de lujo o un chalé con piscina, nos evaluarán y nos permitirán o no hacerlo según nuestros ingresos y deudas. La deuda hace a los individuos y a los pueblos dependientes: cuanta más deuda, menor valor tiene cada voto. Sólo medió una semana entre el referéndum en Grecia sobre la no devolución de la deuda y el total sometimiento a las autoridades europeas, contra el resultado de la votación.

Los deudores establecen nuestras prioridades: primero pagar los plazos, después los intereses y gastos asociados, después las provisiones de fondos, y con lo que queda, lo que queramos. Ese es el margen de nuestras decisiones como ciudadanos liberales o como súbditos románticos. La "Doctrina Botín", la Reforma de la Ley del 2009 para limitar la universalidad de los delitos, (al ser imputados las cúpulas militar y política chinas), o la reforma del artículo 135 de la Constitución en 2011, pueden aclarar la enorme "desdemocracia" de quien presta sobre quien avala, respecto a los votos.

Sorprendentemente resulta estético exigir independencia y derecho a decidir, pero nadie reclama la reforma constitucional para que sea obligatorio un más que pertinente referéndum para que cualquier emisión de deuda de cualquier gobierno, deba de avalarse con el visto bueno explícito de la pérdida del valor de cada voto.

2. Partidocracia

En un torneo de cartas por parejas en el que la banca tiene preferencia y el coste/beneficio de hacer trampas y/o las probabilidades de ser descubiertos compensan, los que hacen trampas y sus cómplices pasarán con mayor probabilidad a la siguiente ronda que los honestos. En tal sistema, con tales reglas, deberían de ser todos los jugadores honestos para que estadísticamente no se poblaran las finales de tramposos (poco importa si un partido es más o menos honesto, pues poco importa que haya pocos o muchos, mientras haya algunos... "free riders", que acabarán arrastrando y gobernando al resto). Sin obligación real de transparencia, excusas de secretos y control por nuestra seguridad, y sistema de castigo disuasorio, esgrimir la honestidad como argumento sustitutivo, no lo creerían los niños más inocentes, pero se lo tragan casi todos los adultos. Tan culpable es quien hace trampas, como quien apela a la honestidad de los personajes y partidos, como sustitutivo de un sistema honesto.

Hoy tenemos respuesta al dilema del Siglo de las Luces entre los románticos del hombre como ser nacido puro y embrutecido por la sociedad, y los liberales del hombre que debe de ser tomado por potencial nacido bruto, aunque su comportamiento en sociedad sea puro: la democracia es un sistema de contrapesos que debe suponer que todos son independientes para poder vigilarse entre si. No se trata de elegir políticos honestos, sino suponer que siempre puede haber un tramposo y son la vigilancia mutua, las normas de juego transparentes, los procesos ágiles y castigos proporcionados, son los mecanismos de garantía... no la palabra, ni la intención. Votar a la honestidad de unos contra la de otros, es devaluar el voto honesto y argumento antidemocrático, en su sentido "ilustrado".

3. Paternalismo

Todas las decisiones y votaciones que cada día ejercemos, desde elegir dónde tomar el café, a encender la luz, votar a un partido o cambiar de canal, salir a cenar o votar, puede que no sean monetarias, pero son económicas. Valoramos las opciones y con precio, con ética o con emociones, damos valor a los pros y contras, y buscamos el mayor beneficio con el menor coste. El precio representa un valor, pero también asignamos valor por la moral, la inercia o la emoción, solo que cada uno tiene sus "tipos de cambio". No podemos acertar siempre, e incluso podemos equivocarnos mucho: tanto más cuanto menos fidedigna y suficiente sea la información (etiquetas en los productos, coste del ciclo completo de transformación, externalizaciones, recursos públicos de libre acceso, o motivaciones ocultas). Lo que no tiene precio y tiene valor se debe reconocer y de ahí que los románticos valorizan por normas hasta la legiversación, tabarras intragables, sanciones, prohibiciones,... La Ley Seca, la ilegalización de las drogas,... contra los impuestos sobre el tabaco y el alcohol; pero también las normas medioambientales en tarifa plana -con coste y sin precio-, contra los impuestos sobre los recursos.

El secreto, la confusión, cuando no la mentira y la "posverdad", restan libertad de la decisión. No sólo eso, sino que cuanto menos se contabilizan los costes y los precios, tanto más debe sustituirse el valor por moral, con las consecuentes funciones de comisariado, vigilancia y policía. La consecuencia de no monetizar, con la excusa de favorecer así a los que se lo pueden pagar, los pobres subvencionan a los ricos en tarifa plana por los recursos comunes, y el gobierno debe moralizar en sustitución de informar. Si bien al otro lado del Atlántico tienen muy claro que el Estado no está para solucionarles las equivocaciones, sino para garantizar el "fair play" en las decisiones privadas, también la Sociedad Civil reacciona con mayor elocuencia a la separación entre lo colectivo y lo privado. La intimidad nos protege de la normalización y la concienciación por moral y sentimiento en

sustitución del valor medido en precio. En Europa nos dosifican y pican más las leyes de patadas en la puerta, de intervención de las comunicaciones, de protección de datos,... las nuevas tecnologías ofrecen plataformas para que todas nuestras actividades estén monitorizadas por nuestra seguridad, y a cambio, se sigue exigiendo por el mismo argumento el secreto para las obtusas decisiones de legisladores y autoridades monetarias.

Tras las experiencias de las “cazas de brujas” o el macartismo, que en el otro lado, tienen por “Libertades Civiles”, y es motivo de interés político, en nuestra versión no es tanto por una seguridad ante la violencia, sino ante la vida misma. Una versión suave por subvenciones y nepotismo, por externalización y ocultación de costes, por internalización de beneficios y tarifa plana, cuando no barra libre en “lo público”. La ocultación de la contabilidad real, el secreto de las decisiones, generan una reacción suave para oponer un clientelismo con otro. El mundo al revés: transparencia hacia la ciudadanía y secretismo hacia el poder... siempre por el pueblo a pesar del pueblo, siempre por nuestra conveniencia, seguridad, bienestar,... siempre por los pobres. Los titulares de cuentas en paraísos fiscales vuelan libremente en primera, mientras Assange está encerrado por violencia de género o Snowden exiliado en busca y captura.

4. Discriminación

La democracia ilustrada prefiere un culpable libre a un inocente condenado y para apoyar semejante injusticia existe garantías procesales, la presunción de inocencia o la igualdad ante la Ley. No hay causa ni delito que justifiquen el linchamiento, sea por aclamación o por voto, y la ponderación e independencia de los poderes, las garantías y los derechos civiles nos defienden de nuestros propios calentones. La democracia romántica percibe tal grandeza como debilidad, y se solivianta ante situaciones graves, condenando a los acusados sin garantías, exigiendo penas de venganza, castración para los violadores,... y referéndums “a la carte”.

Queda muy progre manifestarse con tolerancia cero contra lo que en ese momento esté soliviantando, como tolerancia cero debiéramos manifestar ante los asesinatos en serie, el suicidio infantil o la tortura, pero por grave que sea un comportamiento delictivo, la democracia nos protege ante la eterna intención de restringir la democracia por un fin mayor. Como si la democracia fuera un lujo prescindible ante necesidades más acuciantes. La mayor de las atrocidades no justifica el que una parte de la población tenga mejor palabra procesal que otra parte, ventajas fiscales o judiciales, que se pueda encerrar a un sospechoso por acusación particular. Con todo lo grave que puedan ser un asesinato de una mujer a la semana, ello no justifica la destrucción del tejido democrático en su línea de flotación, como no lo justifica el negar la defensa a un asesino que ha torturado y descuartizado al vecino, o denegar la libertad a un terrorista una vez ha cumplido su condena. Contra la histeria maximalista en el que se mezclan denuncias con friegaplatos, violencia con pensiones, o violaciones con torpeza, ni todo el sexo masculino son obsesos sospechosos, ni todo el sexo femenino es cándida víctima; ni todos los gitanos son ladrones y por ello prohibir el flamenco; ni todos los catalanes ricos y trabajadores; ni todos los musulmanes fanáticos y así, echarlos del país. En democracia la estadística y la sospecha no son pruebas de delito.

La violencia de género como ejemplo extremo de discriminación positiva, ha llegado más lejos, y trasladado el delito como excusa a los procesos de divorcio, transformando el dolor

de unas en el beneficio procesal de otras. Como si por causa de los atentados islamistas, los musulmanes fueran sospechosos y la denuncia de un cristiano bastara para que pasara un fin de semana en calabozos, o para extraditarlo. Como si mirar el “whatsapp” del hijo fuera considerado violencia y se le animara a denunciar a sus padres. Las mujeres como colectivo no solo utilizan el dolor de las víctimas con otros fines, sino que cosifican la feminidad colgándola como característica a discriminar positivamente, cuando la igualdad consiste en que sea una variable muda en cualquier decisión social. Victimizar a la mujer es machismo femenino, pues son los individuos las víctimas sin necesitar por igualdad ser adjetivadas en sexo, como no lo son en credo, etnia, lengua, edad o patria. No, quien diga esto no es un machista, ni está a favor del maltrato, como quien se oponga a la expulsión de los musulmanes no está a favor del genocidio. Las estadísticas de homosexualidad en Irán o Kazajistán, son menores al 0.1% de la población.

Si las mujeres les pillan las “passwords” a sus “cerdos”, es porqué ellos algo habrán hecho para no decírselas. Si tras denunciar a un hombre sin pruebas tienen la desgracia que tal energúmeno cometa un delito, es porqué las mujeres no mienten y cuando avisan es por un motivo justificado. Si un individuo, sea del sexo, raza o religión que sea, va a la policía diciendo que su vecino es violento y que le amenaza cuando le ve en el ascensor, la policía por si acaso no va a casa del vecino y lo detiene, lo manda a juicio y al menos sale con una orden de alejamiento,... ¿para qué la presunción de inocencia si ya se sabe que hay vecinos que asesinan a sus vecinos? Haber denunciado. En democracia el fin no justifica los medios. La diferencia utilizada como argumento para reivindicar la inferioridad, que ofrezca ventajas compensatorias, es para la democracia romántica pertenecer a un colectivo discriminado -ser súbdito- y justifica la compensación en derechos respecto a otros colectivos -ciudadanos-. En todo juego de suma-cero, la discriminación positiva implica una discriminación negativa. ¿Quién dijo que la democracia fuera fácil?

5. Soberanismo

Si en discriminación positiva, se esgrime la diferencia para reclamar su inferioridad, el nacionalismo lo esgrime para reclamar superioridad. El problema derivado y foco de conflictos es definir cual es el contorno del ente que se llama “Pueblo”. Somos más trabajadores y pagamos más, así que los pobres, los vagos, los parados o los inmigrantes se aprovechan de nuestra riqueza y nos roban. La independencia no existe en una sociedad interdependiente, más allá de ermitaños o países apartados (Corea del Norte, Bután, o algunas islas del Pacífico). La cada vez mayor dependencia entre ciudadanos y entre estados en el s.XXI, tiende a estructurarse verticalmente, al igual que en la división de poderes horizontales: los gobiernos intentan influir en otros poderes nombrando fiscales, jueces,... legislando por decreto.... y también definiéndose como soberanos, tanto hacia arriba ante otros colectivos de los que participan, como hacia abajo ante otros colectivos en los que se agrupa.

La democracia ilustrada pretende la independencia y a la vez la dependencia: los poderes deben ser independientes para controlarse unos a otros en el supuesto de que, como el sexo masculino, todos son potencialmente corruptos. Sin embargo uno no puede ser más que los otros, que es lo que pretende todo supremacismo. La patria no puede ser soberana como el ejecutivo legislar por decreto, sino igual. Ponderación y vigilancia mutua entre colectivos por funciones -ejecutivo, legislativo, judicial, monetario, informativo- ; pero también por geografía o por naturaleza de las relaciones, en el que se definen y distribuyen atribuciones a nivel municipal, regional, nacional, aliado e internacional. Un gobierno

democrático romántico, considera que los votos de la mayoría empoderan al líder para imponer su criterio a las minorías, justificando el sometimiento de los demás poderes a la causa mayoritaria. Contra la independencia dependiente de la democracia liberal, el autobendecido independentismo toma su causa como empoderamiento supremo ante instituciones de las que participa y manda sobre las instituciones en las que se subdivide.

Estos comportamientos no son sino síntomas de la dialéctica entre dos formas de entender la democracia: ilustrada y romántica. La versión ilustrada reside en el secreto del individuo y la transparencia del colectivo, en el supuesto de que todos somos potencialmente corruptibles y que el voto es un ponderación de esa opinión a consensuarse y controlarse por los pesos específicos de las demás opciones. La democracia ilustrada de esperanza, es descreída y desubicada, la democracia romántica del miedo, retiene los dejes de los credos, las causas y las tradiciones. El supremacismo nacionalista, el populismo asambleario, el conservadurismo, el intervencionismo, el feminismo, el clientelismo, el partidismo, el consumismo,... no son sino maneras de demostrar desconfianza y no entender que es la Democracia. Conciben la mayoría como la entronización en forma normalizadora de las minorías. Diversidad vs normalización.

En la una los programas electorales son las posturas de partida sobre el supuesto de un 100% de los votos, conformándose con el 90% de sus intenciones si hay un 10% que vota por otras opciones. En la versión romántica, quien obtiene el 51% de los sufragios, tiene la obligación de ejercer el 100% de su programa. En la una no hay causas, sino ciudadanos que confluyen y negocian agruparse por interés común; en la otra hay colectivos con causas e intenciones de los que emanan súbditos, víctimas y culpables. La una es cansina, tranquila, de apariencia débil y poco efectiva, pero muy resiliente pues en todo tiempo obliga al consenso (nadie tiene la razón, sino un pedazo proporcional a su peso); la otra es expeditiva y en apariencia fuerte... pero con tiempo suficiente, el que haya alternancia obliga a un mismo consenso, aunque con más rencores y bandazos en la seguridad jurídica: (todos tienen la razón secuencialmente en tiempo ponderado). El resultado es similar, pues en vez de andar lento, se anda y desanda rápido, cual perro correteando arriba y abajo haciendo muchos más pasos que el hombre pausado que lo pasea.

Hoy puede parecer que el Supremacismo rancio de un “pueblo elegido”, vendido, envuelto y etiquetado como si fuera democrático y avanzado, es el mayor riesgo desde dentro de la democracia; pero mañana será la discriminación positiva y negativa de un colectivo víctima, control de los derechos civiles por nuestra propia seguridad, compra de los votos por felicidad consumista, emisión de deuda soberana para gasto social, o cambio de la partidocracia para que nada cambie, que aspiran a ocupar el total de la autoridad democrática, con la excusa del rito “de voto”. La Democracia es resistiva, correosa, hoy la llaman “resiliente”, y puede con todo, pero ¿puede contra todos a la vez? El fondo del problema no es ya comprender la revolución del Siglo de las Luces -s.XVIII-, sino disponerse en reacción defensiva colectiva ante la Involución del Siglo del Romanticismo -s.XIX-. Si el s.XX fue el de la negociación entre ambos conceptos y alternancia de la democracia con los autoritarismos, de la globalización con los nacionalismos; en el s.XXI, deberíamos estar superando tan rancia y casposa dialéctica y enunciando novedosas apuestas de futuro para la Humanidad.

Confundir la Democracia con el Referendum es no haber entendido nada. Hoy no tienen sentido las etiquetas de izquierda y derecha más allá de estéticas y topicazos. La alternancia es entre interpretaciones liberal y romántica del sistema, ambas con sus ventajas e inconvenientes. La primera con más riesgo de involución por excesos de clase y la segunda con más riesgo por excesos de tribu, aunque ambas con una resistividad que los autoritarismos no

han conseguido laminar. Deberíamos estar en dialécticas más modernas como la titularidad universal de los recursos naturales, en la ciudadanía y solidaridad global, en la independencia y dependencia de los poderes horizontales y verticales, en las libertades y riesgos digitales y genómicos, o en la transparencia de fiscalidades y contabilidades, en vez de perdernos en casposas involuciones revolucionarias de supuestas izquierdas que representan a los ricos para defenderse de los pobres, de los catetos, de los inmigrantes, de los forasteros, de los turistas, de los chinos,... al grito de tener derecho a participar de la estadística con los ricos y compartir sólo con los que tienen más que nosotros.

Se puede ser conservador, privilegiado o rico y soberanista, pero ser rebelde, pobre y supremacista es reivindicar datos estadísticos sin comprender la estadística. Es obvio que si repartimos entre los que más tenemos, nos tocará a más, siempre y cuando el individuo se sitúe en un colectivo dónde reciba más de lo que aporta. Las revoluciones fueron cumbres que trepar con esperanza para alcanzar un futuro incierto, pero se han transformado en abismos en los que descolgarse con miedo para llegar a la seguridad de un futuro cierto en el fondo tenebroso del pozo. Las algaradas de París 1968 fueron por una utopía de supuestas solidaridad, justicia y libertad, las del 2005, por el derecho de clase del hipotecariado: ¡piso, coche, internet y nómina!

La RDA no era ni república, ni democrática. En 2017 recorre el mundo el éxito de las democracias de Irán o la República China, como si Franco hubiera iluminado conceptos como la Pertinaz Sequía o el Referéndum Orgánico, desde la tumba: la involución defensiva de las tribus -Trump, Putin, Erdogan en Turquía, Orban en Hungría, Morawiecki en Polonia, el PVV holandés de Wilder, el Brexit, el FPO de Austria, Le Pen en Francia, la AfD en Alemania, los flamencos del N-VA, corsos del PaC, padanos de la Liga Norte, el "Proces" catalán,...-; todos ejerciendo su derecho a decidir en base a argumentos medio-estadísticos, con quien ser solidarios y contra quien defenderse del expolio a sus pensiones, a su sistema sanitario, educativo, a sus impuestos,... mexicanos, moros, sirios, continentales, extremeños, francófonos, turcos,... Con los más ricos contra los más pobres, vendido con postureo de izquierdas, de paz, de democracia, de libertad, de seguridad,... por el extraño argumento de sentirse de un pueblo, o el más extraño motivo aún del orgullo de haber merecido dónde nacer.

El hábito no hace al monje. Derrotados los terrorismos de clase y desprestigiado el terrorismo nacionalista por los fanáticos islamistas, si hay que disfrazarse de Ghandi o de demócrata, de antisistema o de ecologista,... sea por la Rancia Causa Romántica. Puede que con tácticas de utilizar estéticas, ritos y mitos democráticos, con envoltorios y decoraciones democráticas, ganen alguna batalla, pero la Democracia puede hasta con el derecho de los mezquinos a decidir democráticamente que son "guay" por sentirse guay, especiales, elegidos,... y por ser mejores, lo que democráticamente han decidido que es suyo, lo van a repartir en libertad y con justicia primero entre los suyos y después solidariamente con los que ellos decidan. El problema es definir quiénes son y qué es suyo, pues otros tal vez no estén de acuerdo. Muros y fronteras, control de la inmigración en el siglo XXI: ¡vergüenza ajena!

<http://www.bartolo.com.es/antropoblog.htm>

<http://www.ecoliberalismo.com>